

Y la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros

Juan 1:14

Pastor Tim Melton

En Navidad vemos las luces, los árboles de Navidad, los adornos, la comida, las fiestas navideñas, y a Papá Noel en el centro comercial. Pero la imagen navideña más significativa es el Nacimiento. La figura central es el Niño Jesús. Para poder apreciar la Navidad es imprescindible comprender la importancia del Niño. En el primer capítulo de Juan se explica por qué tenía que venir el Niño Jesús.

Para apreciar el relato del primer capítulo de Juan, debemos familiarizarnos con la época y la cultura en que vivió. El autor, es decir Juan, fue uno de los seguidores más cercanos a Cristo. Fue uno de los doce discípulos que convivieron y ministraron con Jesús durante los tres años de su ministerio público. Cuando escribió su relato eran ya finales del primer siglo. Jesús ya había ascendido al cielo unos 60-70 años antes. La mayoría de personas que habían conocido u oído a Jesús personalmente ya habían muerto. Juan fue uno de los últimos testigos oculares aún con vida. El libro de Juan es su documento y testimonio personal de la obra y la persona de Cristo Jesús.

Juan pasó tres años con Jesús. Lo conocía bien. Viajaban, comían y vivían juntos. Juan estuvo presente en el juicio y crucifixión de Jesús, y en el sepulcro vacío. Fue en estos momentos que Juan supo quién era de verdad Jesús. Lo mismo pasa con todos nosotros. Los que están más cerca de nosotros son los que mejor nos conocen. No podemos engañarles. Ellos pueden testificar de nuestro auténtico carácter. Esto mismo es lo que hace Juan en el versículo 14. Recuerda a sus lectores que él conoce a Jesús personalmente. Después de pasar todo este tiempo con Jesús, presenta su testimonio personal: *"Vimos su gloria, la que le corresponde como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad."* A través de la familiaridad se descubren las debilidades de otras personas, pero no es así con Cristo Jesús. Los que mejor lo conocían estaban tanto más convencidos de su divinidad y su gloria.

Juan escribió su Evangelio mientras era líder de la iglesia de Éfeso. Éfeso estaba situada en lo que es actualmente Turquía. En esta época, a finales del siglo I, los gentiles eran más numerosos que los judíos en la mayoría de iglesias. Eso creaba problemas.

El Evangelio de Cristo Jesús, proclamado primero a los judíos, era presentado por medio del simbolismo, las profecías y el vocabulario judaico. A un judío le resultarían familiares frases como "el Mesías está por llegar", "Dios establecerá el trono de David para siempre" o "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Tales conceptos estaban inculcados en la religión y cultura judaicas

desde siglos atrás. Pero para los gentiles, y en particular los griegos de Éfeso, estos términos y conceptos judíos no tenían sentido.

Por ello, Juan debía buscar otra forma de presentar el Evangelio, una forma que fuera comprensible tanto para los judíos como para los griegos. Dios le inspiró para explicar la Buena Nueva de Cristo Jesús de una forma diferente.

Dice Juan 1:1:

“En el principio ya existía la Palabra; y la Palabra estaba junto a Dios y era Dios”.

Al referirse a ***“la Palabra”*** estaba utilizando un término que era familiar tanto para los judíos como para los griegos. Era la palabra griega ***Logos***, usada en la filosofía griega y en el pensamiento religioso judío.

Los judíos conocían "la Palabra" desde el Génesis. En Génesis 1, la Palabra hablada por Dios lleva a cabo la creación. Dice Salmos 33:6: ***“Con la palabra del Señor se hicieron los cielos, con el soplo de su boca el cortejo celeste.”*** Proclama Salmos 107:20: ***“Envió su palabra y los salvó, los libró de la tumba.”*** Y en Salmos 119:89 leemos: ***“Señor, tu palabra es eterna, en los cielos permanece firme.”***

La frase ***“la palabra del Señor”*** aparece 261 veces en el Antiguo Testamento. El repetido uso de "la Palabra" demuestra cómo Dios obra en el mundo y en la humanidad que Él ha creado. El uso de "la Palabra" engloba el poder de Dios, su Ser y su presencia.

Para el judío, el uso de "la Palabra" por parte de Juan proclamaba que este poder, esta persona y esta presencia de Dios había venido a la tierra, en forma de hombre, el conocido como Jesús de Nazaret. Para los judíos era una verdad asombrosa, pero ¿cómo podía Juan comunicar esta misma verdad a los griegos?

Los griegos, por su lado, veían el orden armonioso de la creación y creían en el ***Logos***, la palabra, un origen divino detrás de todo. La constancia de las mareas, las estaciones y las leyes de la naturaleza proclamaban que había un Dios que lo controlaba todo y que no podía ser algo fortuito. Veían el testimonio de esta verdad en la naturaleza que les rodeaba. Era la prueba o la evidencia de Dios, como explicaba Pablo en Romanos 1:19-20: ***“Porque lo que es posible conocer acerca de la divinidad, lo tienen ellos a su alcance, ya que Dios mismo se lo ha puesto ante los ojos. En efecto, partiendo de la creación del universo, la razón humana puede descubrir, a través de las cosas creadas, las perfecciones invisibles de Dios: su eterno poder y su divinidad. De ahí que no tengan disculpa.”***

Para los griegos, la idea del ***Logos*** era el vínculo o puente entre el Dios infinito y la humanidad. Por eso, cuando los griegos supieron que Jesús era el ***Logos***, eso tenía sentido para ellos. El hombre se encontraba separado de Dios por su pecado, y Jesús era el puente de salvación para reconciliarle con Dios.

Este ***Logos***, la razón y la presencia de Dios, ahora se había encarnado. Antes conocían a Dios de lejos, pero ahora había venido a vivir y a relacionarse con ellos.

Juan 1:1 nos dice que Cristo Jesús, ***la Palabra, el Logos***, estaba con Dios y era Dios. Testifica de la divinidad de Jesús. Ciertamente era humano, pero al mismo tiempo era del todo Dios. Es un

concepto difícil de asimilar, pero lo vemos en las propias palabras de Jesús. Él no fue creado en el momento de su nacimiento terrenal, hace unos 2.000 años. Jesús siempre ha existido. Era y sigue siendo eterno. No tiene ni comienzo ni final. Estaba junto al Padre desde antes de la creación. Dice Jesús con sus propias palabras en Juan 17:5: *“Ahora, pues, Padre, hónrame en tu presencia con aquella gloria que ya compartía contigo antes que el mundo existiera.”* En el mismo capítulo, en el versículo 24, dice: *“Es mi deseo, Padre, que todos estos que tú me has confiado estén conmigo y contemplen mi gloria, la que me diste antes de que el mundo existiese.”*

Jesús es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Él, la Palabra, siempre ha sido, pero ahora asumía el cuerpo físico de un hombre y venía a nuestro mundo como uno de nosotros. Como leemos en Juan 1:14: *“Y la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros.”*

Esto es lo que vemos cuando contemplamos un Nacimiento. Leemos en Mateo 1:23: *“Una virgen quedará embarazada y dará a luz un hijo, a quien llamarán Emmanuel, que significa “Dios con nosotros.”* Jesús, la Palabra, Dios encarnado, había venido a vivir entre humanos.

La palabra "encarnación" es una forma frecuente de expresar este hecho. Literalmente significa "el acto y consecuencia de adoptar una forma corporal o física". Filipenses 2:6-8 lo describe así: *“Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina no quiso hacer de ello ostentación, sino que se despojó de su grandeza, asumió la condición de siervo y se hizo semejante a los humanos. Y asumida la condición humana, se rebajó a sí mismo hasta morir por obediencia, y morir en una cruz.”*

Jesús nació para morir. Asumió el cuerpo de un hombre para que pudiera morir como hombre por el bien de la humanidad. Explica Gálatas 4:4-5: *“Pero, al llegar el momento cumbre de la historia, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos del yugo de la ley y alcanzarnos la condición de hijos adoptivos de Dios.”* Hebreos 9:22 declara: *“Y es que, según la ley... si no hay derramamiento de sangre, tampoco hay perdón.”* Jesús tenía que derramar su sangre y morir por nuestros pecados.

No había otra alternativa. Para que Jesús expiase nuestro pecado tenía que ser uno de nosotros, según dictaba la ley. Toda la humanidad está sujeta a la ley y destinada a ser juzgada según la justicia de Dios. Todos hemos pecado y estamos privados de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Todos... menos Jesús. Solo Él podía recibir la justicia divina según la ley, y no ser condenado, porque es el único que nunca pecó (Hebreos 4:15, 2 Corintios 5:21).

Solo Él estaba capacitado para morir por nosotros. Nuestro pecado fue cometido por nosotros como seres físicos, por lo que solo podían ser penados por un ser físico. Jesús era humano como nosotros, pero a la vez era santo. De esta forma pudo ser el cordero de sacrificio sin defecto que expiara nuestros pecados. Nuestra ofensa era contra Dios infinito, y por eso requería un sacrificio infinito. En la persona de Cristo se cumplían todos los requisitos. Fue un sacrificio humano, pero santo, e infinito.

La salvación es una bendición inconmensurable, pero la encarnación de Jesús nos ha dado aún más. Como hombre que ha sido, Cristo puede empatizar con nuestra condición humana.

Jesús también necesitaba dormir (Lucas 8:23), comer (Mateo 4:2, 21:18), y tener protección física (Mateo 2:13-15; Juan 10:39). Sudaba (Lucas 22:43-44), sangraba (Juan 19:34), e incluso lloraba (Juan 11:35; Lucas 19:41; Hebreos 5:7-9). Experimentaba gozo (Juan 15:11), pena (Mateo 26:37), e ira

(Marcos 3:5). Conoció la tentación, el dolor, la humillación, el rechazo, la traición y el sufrimiento. Amaba y era amado. Como dice Hebreos 4:15: *“Pues no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, excepto el pecado, ha experimentado todas nuestras pruebas.”*

Jesús sanó al leproso despreciado por la gente, tocándole. Jesús lloró por la ciudad de Jerusalén, que le rechazó. Lavó los pies de sus seguidores. Bendijo a los niños que se le acercaban. Ofreció la salvación al ladrón que fue crucificado junto a Él. Perdonó a los que le crucificaron.

No era un salvador desconocido que sanara a distancia. Se acerca y convive con nosotros. Ha venido para que lo conozcamos. Mucha gente piensa que Dios no se puede conocer, pero quien le busca a través de Cristo, puede encontrarle.

Hebreos 1:1-3 nos dice: *“Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo... El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es.”* Para saber cómo es Dios, solo tenemos que mirar a Jesús.

En Juan 14:9, Felipe le pide a Jesús que les muestre al Padre, a lo que responde Jesús: *“El que me ve a mí, ve al Padre.”* Y en Colosenses 2:9: *“Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo.”*

En Jesús vemos la misericordia y la justicia de Dios. Vemos la gracia y la sabiduría de Dios. Vemos su amor y bondad, su paciencia y su compasión, su fuerza y su coraje, su poder y su dulzura. Todo el que desee conocer a Dios debe buscar primero en la vida de Jesús. Es la imagen exacta del Padre, encarnado.

Mejor todavía, Jesús no solo vino a estar con nosotros, sino a residir dentro de nosotros. Bien lo expresa Pablo cuando dice: *“He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”* (Gálatas 2:20).

Somos el templo del Dios viviente. Él dijo: *“Habitaré y caminaré en medio de ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”* (2 Corintios 6:16).

Para los que estamos en Cristo, Él está siempre con nosotros. En nuestros remordimientos del ayer, las luchas de hoy, y la incertidumbre del mañana. Cristo se acerca a nosotros y ministra en nuestra vida. Está con nosotros, dentro de nosotros y para nosotros. Ha tendido un puente sobre el abismo que nos separaba de Él, y ahora estamos reconciliados con Dios.

Asumió nuestra culpabilidad para que pudiéramos ser declarados justos. Fue prisionero de los hombres para que pudiéramos ser liberados por Dios. Se hizo como nosotros para que nosotros fuéramos como Él. Vino a nuestro hogar para que pudiéramos volver un día con Él a su hogar.

Él es Emmanuel, Dios con nosotros. Es Dios encarnado.

Ahora nos está llamando a ser ministros encarnados también. Estamos llamados a representar el Evangelio "en la carne". El mundo necesitaba a Jesús para conocer cómo es Dios. Ahora el mundo nos necesita a nosotros para poder conocer cómo es Jesús. No se trata solo de orar y predicar, aunque ambas cosas son esenciales. Primero nos dedicamos a orar por las personas de nuestro

entorno, y a continuación nos corresponde atenderlas. A través de nuestra expresión de amor, Dios les atraerá y les preparará el corazón para recibir la Buena Nueva.

Como encontramos en Efesios 5:1-2: *“Puesto que sois hijos amados de Dios, procurad pareceros a él y haced del amor norma de vuestra vida, pues también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio de olor agradable a Dios.”*

Las Escrituras nos exhortan a ser reconciliadores, luz, embajadores y testigos. Esto significa entrar con propósito en nuestra cultura y nuestras relaciones. Significa amar a otros con el amor de Cristo, introducirnos en la vida de otros como hizo Cristo con nosotros. Puede ser complicado, emocionalmente agotador y requerir mucho tiempo. Pero es una bendición. *“¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias!”* (Romanos 10:15).

El ministerio evangélico "en la carne" requiere que seamos coherentes tanto con nuestras palabras como con nuestras acciones. Nuestra encarnación del Evangelio de Cristo debe mostrarse en los buenos momentos y en los malos, cuando estamos preparados y cuando nos pilla desprevenidos. Cuando la vida nos exprime, lo que debe salir de nosotros es el evangelio.

Estamos llamados a ser ministros de la reconciliación porque Cristo nos reconcilió con Dios. Debemos poner en práctica todas las instrucciones bíblicas de "los unos a los otros", como expresión de amor a Dios y al prójimo. Debemos perdonar como Él nos ha perdonado, amar como Él nos ama, y bendecir a los demás porque nos ha bendecido. Somos gente del evangelio llamados al ministerio en la carne.

Al amar a los demás como Cristo nos ha amado, nos convertiremos en el primer atisbo de la salvación que pueden encontrar en Cristo.

Reflexionando sobre todo lo que hemos visto hoy, nos volvemos al Nacimiento y al Salvador eterno que se rebajó, asumió un cuerpo humano y vino a nuestro mundo. A través de su muerte y resurrección, hemos sido reconciliados con Dios. A través de su vida, podemos conocer cómo es Dios. A través de su ejemplo, nos encontramos capacitados para vivir según el modelo de Cristo para que otros puedan ser salvos.

¿Estarías dispuesto a volver a leer los Evangelios? Mateo, Marcos, Lucas y Juan presentan la historia de Jesús. Es cuestión de conocer mejor a Jesús, que nos permitirá conocer mejor a Dios y nos ayudará a vivir como vivió Jesús en este mundo.

Durante esta época festiva celebremos de todo corazón que *“la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros.”*

Preguntas para la reflexión:

1. ¿Qué parte de este mensaje te ha llamado más la atención?
2. En tu opinión, ¿qué es lo que más valora la gente en Navidad?
3. Explica con tus propias palabras la importancia que tiene que Juan describa a Jesús como "La Palabra".

4. La vida de Jesús nos descubre a la persona de Dios. ¿Conoces algún pasaje sobre la vida de Jesús que nos ayude a conocer a Dios?
5. Estamos llamados a ministrar "en la carne". ¿Qué significa y cómo se pone en práctica?
6. ¿Qué puedes hacer esta semana para parecerte más a Jesús?
7. ¿Qué crees que debes recordar de este mensaje?
8. ¿Cómo crees que Dios quiere que respondas?